Cuatro pliegos.



HISTORIA
DEL MARQUÉS DE VILLENA.
CELEBRE HECHICERO Y ENCANTADOR,
O SEA
LA REDOMA ENCANTADA.
(Leyenda del siglo XV.)



Carmona:—1860

Imp. de D. José M.ª Moreno, calle de Madre de Dios núm. 1.

HISTORIA

del

Marqués de Villena.

O SEA

LA REDOMA ENCANTADA.



AL LECTOR.

Vamos á oeuparnos de los principales acontecimientos que tanta celebridad le han dado en Europa á D. Enrique de Aragon, conocido vulgarmeute por el Marqués de Villena. Mucho se ha escrito de tan afamado personage; y cosas se cuentan aun que son de todo punto inverosimiles: pero como nuestro objeto es el de ofreeer los datos que tenemos à la vista de D. Enrique de Aragon, no nos meteremos à impugnar lo que siendo fabuloso no dejará de ofrecer al lector un rato de entretenimiento.

Contaremos lo que nos dícen las crónicas; y de este modo habremos cumplido con nuestro deber. Nos separaremos de la fábula, cuando nos parezca oportuno, dando lugar á la historia verdadera del Marqués, pues acontecimientos hubo en su vida que no debemos pasar en silencio.

II.

Descripcion del castillo del Marqués de Villena. Su retrato. Costumbres de los caballeros del siglo XV. Impaciencia del marqués por recibir correspondencia de un enviado suyo que mandó á Calatrava. Su vida privada. Encuentro con Macías, doncel de D. Enrique el Doliente. Ferrus y Vadillo. Gabinete mágico del marqués. Sus pergaminos de nobleza. Dote de D.ª María de Albornóz. Apariciones. Juego de la Nigromancia.

Don Enrique de Aragon, ó el Marqués de Villena, hombre de claro ingenio, habitaba un magnífico palacio, al que es indispensable que nos acompañe el lector.

Era la media noche. Parecia que nadie velaba en el suntuoso alcazar, y que sus señores, abandonados en los brazos del sueño, gozaban de plácida calma en sus mullidos lechos de pluma. Pero no era asi. Solo y meditabundo estaba el Marqué de Villena, reclinado en un sofá de su cámara. Las paredes de este espacioso salon estaban tapizadas de raso negro; y de esta tela y color se hallaban tambien forrados los asientos de los sillones y el elegante sofá. Una gran lámpara de plata, derramaba su luz sobre aquel tenebroso espacio.

La figura del marqés se dibujaba sobre el fondo del cuadro siniestro que presentaba la cámara, silenciosa y oscura; que al verla cualquier hombre no duderia que era la misteriosa habitacion de un hechicero. Y asi era en verdad, pues la gente de aquella supersticiosa época, citaba á D. Enrique como el mas hábil nigromántico.

En efecto; el marqués consumia todo el tiempo en estudiar asiduamente la Nigromancia, consultar la marcha de los astros, y en pronosticar por medio de ella los sucesos del porvenir, invocando á los muertos y á los espíritus del báratro.

Ya hemos dicho mas arriba, que en la noche á que nos referimos, hallabase D. Enrique sentado en un sofá de su lúgubre cámara, con la frente apoyada en una mano, y al parecer sumergido en hondas meditaciones. Aqui lo dejaremos por ahora, mientras damos conocimiento al lector de otras cosas no menos interesantes.

En el año á que nos remitimos, hacía ya trece que D. Enrique el Doliente habia subido al trono de Castilla, por la dasastrosa muerte de su padre D. Juan I ocurrida por haberse caido de un caballo en Alcalá de Henares. Su menor edad tenia al reino

en el mayor estado de escasez, pues sufrieron mucho los pueblos castellanos.

No obstante, el caracter distintivo de aquella remota época, era la encarnizada lucha, siempre pendiente entre el Principe y sus primeros súbditos. Por otra parte, llamaba la atencion el poder no reprimido de los orgullosos magnates, sin cuya voluntaria cooperacion hubiera sido un fantasma vano la autoridad del Monarca; porque este, siempre que habia guerra, se veia precisado á mendigar hombres de armas que solo podian proporcionarlos los ricos-homes que los sostenian á sus espensas.

En este estado no poco lamentable para el Soberano, se encontraba Castilla. Asi es, que cuando los Nobles querian hacer inclinar la balanza en favor del Monarca, le ayudaban con sus pecheros, pero como eran muchos los partidos, unos abogaban y otros se mantenian neutrales; sosteniendose de este modo una division tan grande en el pais, que mientras no se estinguió el Feudalismo, no pudo florecer el Estado.

Pero pasemos al terreno de los hechos. Los reyes en aquella época, como tambien los caballeros y damas de la corte, encontraban su mejor distraccion en la caza; por lo cual mas tiempo estaban en el campo que no cerca de las personas reales; sin embargo de la guerra que se sostenia con Portugal y contra los moros que ocupaban el suelo granadino.

D. Enrique el Doliente iba por lo regular acompañado de su tio, el marqués de Villena, el cual no lo abandonaba jamas cuando iba de caza; pero luego que termiba la batida, se volvia el marqués á su palacio, siguiendo su capricho de adivinar lo porvenir.

La noche que digimos se encontraba el marqués sombrío y meditabundo en su medrosa cámara, paseó desesperadamente y como un hombre lleno de impaciencia, decia de vez en cuando;—¡Mucho tardan! es la hora, y ni Ferrus ni Vadillo ni el enviado á Calatrava vienen! Este estado de incertidumbre me devora!...

Seguia paseando, y solo se paraba cuando se ponía à consultar las estrellas por una de las ventanas de dicho aposento. ¿Que traería tan inquieto al marqués? ¿que querría decir con estas fraces?...

El marqués de Villena, sentia en aquel momento no hallarse acompañado de el fisico de S. A. llamado Abenzarsal, para que le ayudase en sus trabajos de Alquimia. Sin embargo; era tal su inquietud, que tomó un vaso lleno de agua y sacando de su faltriquera unos polvos, los deslió en el líquido, formando una especie de licor rojo, que depositó encima de la mesa, y empezó á dar paseos. Al poco tiempo, aproximó el oido al vaso que contenia aquel brevage,

y dijo:—Bien! ya oigo el ruido de los caballos!

Despues de estas palabras echó en el líquido unas píldoras verdinegras, que variaron completamente el primitivo color. Volvió otra vez á aplicar el oido al mismo vaso, y esclamó:—¡Cielos! ¿será posible? El doncel de D. Enrique el Doliente le dice á mi escudero Ferrus, *que ha muerto el Maestre de Calatrava*! Brabísimo! Ahora de mi ciencia y de mi Sabiduria!

Era tal el gozo que se veia pintado en el rostro del marqués al proferir estas últimas palabras, que de mustio y triste se transformó en risueño y placentero. Un grande ruido se dejó oir entonces en las inmediaciones del Castillo, que hizo se asomara inmediatamente á una ventana; pero mayor fué su alegria cuando distinguió cerca de la puerta de entrada á tres personages que eran los que esperaba con tanta impaciencia.

Satisfecho de que era verdad lo que deseaba se internó en su cámara, tornó el vaso de los hechizos, lo volvió, desapareciendo como por encanto el meringote, y quedando cristalina la misma agua que habia en el vaso antes de echarle los polvos encarnados.

Subieron los recienllegados á la habitacion donde estaba el marquès, y despues de los saludos de costumbre, tomaron asiento en dicha cámara y se ocuparon de la interesante conversacion que daremos cuenta á su tiempo.

Preciso es que antes demostremos los planes de D. Enrique de Villena. Sabiendo el marqués que el Maestre de Calatrava se hallaba enfermo de mucha gravedad, le interesaba que espirase al momento, con el objeto de ocupar este alto empleo; pero habia una gran dificultad. El marqués era casado; y el que le sucediera al Maestre debia ser soltaro y tenia que hacer voto de castidad. No obstante la dificultad de su pretencion, el marqués esperaba vencer cuantos obstáculos se le presentaran. Para este fin mandó un emisario de toda su confianza á Calatrava, para que si llegase á morir el Maestre de la órden lo supiese él antes que nadie y aun antes que el mismo Rey, para obrar sin que se enterase ningun cortesano como mejor le pareciese. El enviado era el Doncel de D. Enrique el Doliente, llamado Macias, joven de los mas bizarros de aquellos tiempos; y los otros dos que le acompañaban, era uno el bufon del marqués de Villena, y el otro uno de sus escuderos, marido de Elvira, camarera de Doña Maria de Albornoz. Ferrus y Vadillo, que asi se llamaban, salieron á encontrarse con Macias para advertirle que la noticia que tragese de Calatrava, no la comunicara publicamente entre los cortesanos, que asi lo mandaba su Señor; pues este no queria que supiesen ni su llegada. Avisado de este modo

Macias, admitió el disfráz que le dieron sus dos amigos; y se dispuso á dar cumplimiento á las órdenes secretas del Soberano.

Lo primero que hizo Macias, despues de saludar al Marqués, fué darle un pergamino, donde contaba detalladamente la muerte del Maestre de Calatrava. D. Enrique de Villena leyó detenidamente el contenido de dicho pergamino, y despues de haberle hecho jurar que nadie poseia aquel secreto mas que él y sus servidores, y de haberles exigido á los tres, bajo juramento, que no divulgasen la noticia, les mandó marchar al momento á Madrid, diciendole á Macias que á las doce de la noche le necesitaba, y que estuviese preparado en su habitacion del palacio; que él mismo iria á buscarlo allí. Retiróse Macias, y no le costó poco trabajo poder penetrar disfrazado en el alcazar de su Señor, pues hubo palaciegos muy obstinados que querian conocer la persona enmascarada.

Ferrus y Vadillo se volvieron al palacio de Villena, para disponer las cosas necesarias y que estuviesen á punto en el momento de partir. D. Enrique III continuaba aun de caceria. Por consiguiente, el palacio real de Madrid estaba habitado solamente por algunas personas de la real servidumbre.

La cámara del marqués de Villena, situada en el regio alcazar, era una verdadera rareza, ó maravilla, del siglo XV. El mueble que mas llamaba la atencion en ella, era una enorme mesa de ciprés, perfectamente tallada, con varios libros voluminosos, de los cuales, algunos que se hallaban abiertos, presentaban á la vista gruesos caracteres góticos. Un reló de arena, y un pesado tintero, junto con dos ó tres lunas redondas, completaban el desordenado adorno de esta mesa.

Habia ademas, sobre un pequeño bufete, un espejo metálico que girando sobre un ege, á la manera de los modernos tocadores de las Señoras, no dejaba de ser notable por su rara construccion. Veianse tambien esparcidos por allí varios instrumentos de matematicas, que solian servir al marqués de talismanes mágicos; y no pocos alambres y redomas, aplicables á usos químicos; porque otros, aunque groseramente pulimentados, solo tenian aplicacion á la Física Recreativa, ó á la Nigromancia de aquellos tiempos de fanatismo.

En otro lado veiase un estante de nogal, bien trabajado, donde tenia el marqués sus polvos y todos los objetos necesarios para sus entretenimientos. Varias armas ofensivas y defensivas habia tambien cuidadosamente colocadas por los ángulos de aquella misteriosa habitacion. Completaban el ajuar de este aposento una lámpara, colocada entre la multitud de objetos que llenaba la mesa, y un enor-

me sillon de baqueta, donde hubieran podido sentarse con toda comodidad dos individuos.

Los tres personages de que hemos hablado yá, llegaron al palacio, y al momento dió orden el de Villena á su bufon Ferrus para que le aguardase en su aposento, pues tenia órdenes muy graves que participarle. Obedeció Ferrus, mientras que su amo y Vadillo iban á ver à sus esposas. Estas estrañaron tan intempestiva visita, pues creyeron que habian salido para volver á la partida de caza.

Ferrus temblaba cada vez que el de Villena lo mandaba estarse en la habitacion de la Nigromancia, porque se quedaba casi solo enmedio del silencioso palacio de D. Enrique III. No obstante trató de buscar compañía entre los pocos guardias que habia entonces en el palacio. Llamó á uno de estos, llamado Ruy Pero, que casualmente atisbó á lo largo de una galería, pero contestó que no podia absolutamente faltar de su puesto.

Con la respuesta de Ruy Pero creció mas, si podia ser, el miedo de Ferrus. Se decidió entonces á entrar solo en el aposento del marqués, mirando antes por todos lados.—No sé porque, decia el bufon, he de tener siempre tanto reparo al entrar en este infernal aposento, estando seguro de que me hallo solo aquí. Es verdad, que las voces que corren de que el marquès es un escelente mágico me afectan mucho, pues no soy aficionado á encantamentos; mejor quisiera batirme con veinte moros en el campo, que estar aqui un solo momento. ¡Oh! lo que soy yo no tocaria á ninguno de estos bártulos, por todo cuanto en el mundo existe!...

Como el juglar del marqués era tan medroso, se pisó inadvertidamente su capote, creyendo el muy *gallina* que alguno lo agarraba por detrás para llevarselo por los aires. Dió un grito horrorizado, y en aquel momento oyó ruido como de gente que se acercaba.

En efecto, era Ruy Pero que venia á saber lo que se le antojaba al chusco que poco antes lo llamó. Mucho se alegró Ferrus de la llegada de Ruy, porque temblaba al verse solo enmedio de los fatales espiritus que su imaginacion le hacia ver en aquella mansion. Dormias, dijo el recienllegado, dormias en los brazos de ese hermoso sillon, ¿no es verdad?—¿Dormir yo en esta malefica morada? ¿Aquí donde solo miro espíritus malignos que pueden jugar conmigo á la pelota?... repuso Ferrus.

Ruy Pero que tampoco era hombre de tanto válor para despreciar lo que oia á su amigo, no dejaba de mirar á todos lados, diciendo: —¡Bah! esas son niñerias, puras niñerias, sino que la gente ha dado en decir que nuestro amo el marqués de Villena entiende la Magia blanca, sin saber de lo que hablan...¡Que disparate... son boberías!

Diciendo asi se escurrió prontamente Ruy Pero, y salió de allí mas que de prisa, dejando otra vez solo al pobre juglar que no cesaba de llamarlo para que retrocediese. Pero imposible fué hacerlo volver á tan terrible habitacion.

Tenia razon el pobre juglar en tener asco á encontrarse solo en el salon del de Villena. Ya hemos dicho que en esta ocasion se hallaba el soberbio palacio de D. Enrique el Doliente custodiado por un escaso número de escuderos, que se hallaban repartidos en varias direcciones y á gran distancia unos de otros.

Por otra parte cuanto se decia del de Villena estaba muy en su lugar; porque cualquiera que le hubiese oido hablar solo á deshoras de la noche, sin tener á nadie en su compañia, trabajando con aquellos cacharros que llamaba crisoles, y rodeado de llamas con un olor á azufre inaguantable; cualquiera, repetimos, hubiera afirmado que este hombre hablaba con el demonio.

Cuando, otras veces, queria ver alguna persona ausente, agarraba un barreño lleno de agua, metia dentro uno de los muchos muñecos que tenia sobre la mesa, y empezaba á dirigirle la palabra tal como si estuviese delante; despues, toda la conversacion que creia haber tenido, la fijaba sobre un pergamino por medios de unos signos tan raros, que mas bien se parecian á burlescos garabatos hechos por mero pasatiempo, que á letras que sirviesen para algo.

Muchas personas aconsejaban de continuo á Ferrus que dejase de servir al marqués, pero el juglar apesar de su estremoso miedo, contestaba á todos: que él consideraba á su amo superior á casi todos los hombres; y que si el de Villena era cierto que le proporcionaba á cada paso momentos de terror, todo lo sufriria con tal de perderse cuando se perdiera su amo.

Pasó el dia siguiente, sin que hubiese alguna novedad en el palacio. Desde bien temprano esperaba Ferrus á su Señor, pero nadie llegaba á interrumpir el silencio del suntuoso alcazar. Mientras no llegó la noche no empezó el bufon á sentir su aislamiento; pero al estenderse las sombras del crepusculo, volvio á sentir la ausencia de la luz, porque desde luego iba á darse principio á las apariciones y á los sustos.

Serian las diez de la noche, cuando se abrió en el mismo laboratorio, una puerta que jamas habia existido, apareciendo en ella el Marqués de Villena. Grande fué el asombro de Ferrus al ver que su amo se hallaba en el salon sin haber entrado por la única puerta que tenia. Figúrese el lector cual se quedaria el tan medroso juglar. Con tan repentina aparicion se quedó inmovil, sin poder articular ni una palabra, pues estaba petrificado de miedo, dudando si sería verdad lo que sus ojos estaban viendo.

III.

El Señor y el criado. Promete Ferrus satisfacer los deseos de su amo. Doña María de Albornoz arroja al fuego el pergamino que declaraba su divorcio. La colera del marques de Villena llega al estremo de querer asesinar á su esposa. Grandes acontecimientos. Entrevista del marqués con el Doncel de D. Enrique el Doliente. Interesante conversacion de estos dos personages. Al terminar sacan las espadas para resolver la cuestion. Serenata. Sucesos de importancia. Espuesta comision del medroso juglar.

Con la repentina aparicion del marqués de Villena, fué tanto el miedo que se apoderó de Ferrus, que á no ser por los muchos golpes que le regaló su amo, no hubiera acabado nunca de persignarse. En vano le preguntaba el marqués que era lo que estaba haciendo, pues él á todo contestaba pidiendo perdon por su imprudencia. —Serénate, Ferrus, esclamó el de Villena, serenate que necesito de ti para un asunto de la mayor entidad. Has de saber amigo mio, que deseo ser Maestre de Calatrava y me lo estorva el ser casado. Necesito que me des un consejo.

Efectivamente; lo que el marqués solicitaba no podia obtenerlo viviendo su esposa Doña María; porque como ya hemos anunciado mas arriba, el principal requisito para ser Maestre de la Orden era el ser soltero y haber hecho voto de castidad.

En una palabra; lo que el marqués de Villena quería era destruir los indisolubles lazos que lo unian á la de Albornoz, fueran los que fueran los medios que para ellos se empleasen; y por eso que contar con la cooperacion de todos sus vasallos. El bribon de Ferrus, algo mas recobrado de su asombro contestó á lo que su amo le digera, que él se hallaba dispuesto á todo cuanto la ordenasen, pero que era preciso que le dejaran pensar una hora sobre un plan que habia concebido en su imaginacion, no dudando que el exito sería à pedir de boca. El marqués le concedió el tiempo pedido, advirtiendole antes, que si faltaba à su promesa sería severamente castigado.

Marchose inmediatamente Ferrus, y el marquès de Villena aprovechó esta ocasion para ir á visitar á su esposa. Doña María de Albornoz, desde que su esposo se hallaba de vuelta en la corte, se engalanaba con un lujo propio de aquella época, prendiendose las joyas de mas valor que poseia. Su hermosura, digna de admiracion,

se hallaba realzada por un vestido azul recamado de plata y oro, guarnecido por una ancha guirnalda de flores.

Sentada se hallaba Doña Maria en una cámara de palacio, lujosamente amueblada, teniendo junto á si á Elvira, una de sus damas de honor. En este instante se abrió una puerta misteriosa, ignorada de todos hasta entonces, y entró por ella el marqués. No es posible pintar la sorpresa de dichas damas, porque si bien es cierto que aguardaban á D. Enrique de Villena, no esperaban que hubiese llegado de aquella manera.

La puerta volvió á cerrarse luego que pasó el marqués, quedando intacta la superficie lisa del muro, tal como estaba de antemano.

Así que vió D. Enrique que su esposa no estaba sola, enojado por esto, hizo seña á la camarera para que abandonase la estancia. Inmediatamente salió Elvira, pero se puso á escuchar por una habitacion contigua, porque presentía algo malo para su Señora, de la presencia del marqués de Villena. Esta sencilla joven, opinaba mal de tan rara entrevista; y tenia sobrada razon para ello. Una de las razones que tenia, era aquel adagio antiguo que nos dice: «*Los ojos son las ventanas del corazon; y la cara el espejo del alma.*»

Quedó el marqués como queria, solo con su esposa. Despues de dar varios paseos por la cámara, y de cerciorarse de que nadie lo escuchaba, dijo;—Señora, bien sé que estrañareis esta intempestiva visita; pero un asunto de sumo interés me mueve á hacerla.

Doña Maria de Albornoz adoraba entrañablemente á su esposo; y apesar de los disgustos que este le proporcionaba, no pudo por menos que esclamar:—Cesen ya nuestras rencillas, amado esposo mio, venid á mis brazos, que ahora mas que nunca os idolatro; y por consecuencia veo llegado el dia en que exista una paz duradera entre nosotros.—Jamas, señora, habrá paz entre los dos. Es imposible que haya calma en un matrimonio que no preside el amor...! Yo os aborrezco, señora, nunca os podré amar...!

Es de todo punto imposible poder describir la aguda dolorosa emocion que sintió Doña Maria al escuchar las palabras terminantes del marqués. Un rayo que á sus pies hubiera caido no le hubiera sobrecogido tanto. Quedó petrificada de dolor, cuando mas feliz se creia. Luego, añadió pensadamente el de Villena:—Ahora es preciso que firmeis este escrito, él contiene nuestro divorcio. No proferid ni una palabra en contra de lo que os aconsejo. Firmad sin dilacion.

Observando el marqués que Doña Maria no daba por respuesta á sus palabras mas que lágrimas de dolor, llanto desconsolado, se irritó de modo, que desenvainó un puñal y la dijo:—O firmais ó moris, este es el camino que os queda.—Oh! respondió entonces la

de Albornoz; no os contenteis con acariciar esa daga entre las manos; sepultarla en el corazon de una muger cuyo delito ha sido el amar fielmente á su esposo. Herid! y acabad de una vez con el estorbo de vuetros intentos. Solo asi podreis alcanzar esa separacion que ambicionais. Pero decidme, si quereis, que motivo dá lugar á tanta perfidia.... pues no comprendo....—¿No lo adivinais? respondió el marqués; mi constante aplicacion al estudio que ocupa todo el tiempo de mi vida, mis tareas misteriosas, mi carácter laborioso y los hondos arcanos de la Ciencia me impiden el entregarme como debiera á la comtemplacion de vuestra belleza terrenal... y por último, mi voluntad es que nos divorciemos ó que dejeis de existir....!

Dicho esto, agarró el marqués á su esposa al mismo tiempo que esta enmedio de su tribulacion pudo coger el pergamino y arrojarlo al fuego que ardia en la chimenea de la cámara.

Ya el furioso marqués iba á herir el pecho de su desgraciada esposa; pero al ruido que se armó acudió oportunamente la vigilante Elvira, quedandose el de Villena con el puñal levantado. Dió tiempo esto á que Doña María pudiese desasirse de las garras de su esposo, el cual no quiso en aquel momento consumar el sangriento plan que pensaba llevar á cabo.

Pocos momentos despues se volvió á abrir el mismo hueco en la pared y desapareció D. Enrique de Villena, lanzando una mirada que no dejó de aterrar á la inocente Elvira.

Grandes reconvenciones hizo esta á su Señora, porque siempre la estaba manifestando que las intenciones del marqués no eran las mejores. Bien le constaba á Elvira que el de Villena era un hombre de mala indole, incapaz de querer ni aun á su misma persona; que no tenia su pensamiento fijo mas que en sus ambiciosos planes. A todo esto respondia la de Albornoz, que era imposible aborrecerle, á causa de estar muy enamorada de sus prendas.

Cuando una muger ama de veras, son inútiles los consejos que se le den contra el adorado objeto de su cariño. Por malo que sea el hombre nunca es despreciado por la hermosa que lo adora. Irritado por demás se marchó el de Villena, no habiendo podido realizar el proyecto que tenia concebido. Se acercaba la hora que habia dado á Macias y era necesario prepararse á sufrir la segunda prueba de sus planes; pero no sabemos porque confiaba D. Enrique en este joven para llevar adelante su proposito de ser Gran Maestre de la Orden de Calatrava. Al Doncel de Enrique III, no lo conocia el de Villena mas que por sus brillantes hechos de armas; su vida particular era desconocida para él.

Macias adoraba entrañablemente á la camarera de Doña María de Albonoz, muger de Fernan Perez de Vadillo; y se habia ofrecido á servir al de Villena, solo con el objeto de poder ver á la bella Elvira. A esta dama le sucedia lo mismo que al doncel, pero trataba de disimular su pasion fingiendo á su esposo un acendrado cariño; por cuya razon Vadillo no pudo sospechar nunca de su apreciable esposa, á quien pagaba en su justo valor el cariño que parecia demostrarle.

Ahora qne el lector está en antecedentes, volvamos á seguir el hilo de nuestra historia.

Luego que el marques juzgó que habia llegado la hora de la cita, se dirigió á la habitacion en que le esperaba Macias, y haciendo la señal convenida en el oculto secreto de la pared, al momanto fue franqueada la puerta. Entró en el aposento, y despues de los cumplimientos de costumbre, le habló de esta manera:—Vengo amigo mio á daros las gracias por el buen desempeño de la delicada comision que os encargué.

Se sentaron uno enfrente del otro, y el marqués siguió preguntándole si habia revelado á alguno de la corte la muerte del Maestre de Calatrava.—Nadie puede saberlo, respondió Macias, pues tan luego como espiró monté á caballo y vine á la corte, no cesando de correr hasta llegar al sitio donde me estaban esperando de orden vuestra Ferrus y Vadillo. Descuidad, Señor marqués, aun cuando pasen dos dias mas no será probable que se sepa en Madrid el fatal acontecimiento.

Para la mejor inteligencia del que lea, daremos á conocer á Macias, haciendo si es posible su retrato con la mayor exactitud. Su color era moreno, su pelo negro como el ébano, sus ojos de este mismo color, grandes, rasgados y guarnecidos de largas y espesas pestañas; solo una vez se necesitaba verlos para saber que quien los movia era un hombre generoso y franco, valiente y en estremo sensible. Un buen observador ó fisonomista habria conocido desde luego que el amor era la pasion dominante del doncel. Su ancha y elevada frente, su recta nariz, denotaban su talento y sus mejores intenciones. Su aire era de verdadera arrogancia, de apostura marcial y severa aunque amable hasta el estremo con todo el que le hablaba. Su cuerpo era regular, pero muy gallardo.

Llevaba el doncel en un dedo de su mano izquierda una magnífica sortija que contenia tantas piedras preciosas como letras tenia el nombre de Elvira, á saber: una *esmeralda*, un *lapizlazuli*, un *brillante*, un *imaya*, un *rubí* y una *amatista*; de manera, que las primeras letras de dichas piedras vienen á demostrar claramente el

nombre de *Elvira.* Sentado, como se ha dicho, se encontraba el marqués de Villena, frente por frente de Macias, y despues de un corto espacio de tiempo, en que pareció reunir toda su fuerza moral para hacer sus torcidas proposiciones al joven, esclamó con no poca sagacidad:—Estimable Doncel de Enrique III, reconociendo en vos las prendas que no adornan á ningun caballero de la corte, voy á proponeros un servicio, que espero desempeñareis con la misma lealtad y eficacia que el anterior; pues solo de un tan bizarro caballero quiero valerme, para alcanzar lo que deseo. Si grande es en verdad el favor que os mereceré, grande será tambien vuestra recompensa. Sabed, amigo mio, que pretendo ser Maestre de Calatrava!

Al oir esto Macias miró asombrado al marqués, reconociendo en este un obstáculo invencible, para poder lograr su pretencion. Comprendiendo el de Villena la perplegidad del joven, se apresuró á decirle:—¿Porque os asombra lo que acabais de escuchar? no lo habiais sospechado? Entendedlo bien. Si D. Enrique de Villena es algun dia Maestre do Calatrava, Macias se llamará Comendador de la misma Orden. ¿Quereis otra dignidad que os venga mejor? hablad, que vuestra voluntad será la mia.

Con una leve inclinacion de cabeza, espresó el doncel su gratitud por tal ofrecimiento, manifestandole despues que si eran honrosas las proposiciones que se le hacian, siempre estaba dispuesto á aceptarlas como caballero.

Cuando el de Villena creyó que ya la materia estaba bien dispuesta para lo que el deseaba, volvió á decir:—Doncel, mañana, al ponerse el sol, procuraré que mi respetable esposa, vaya como de costumbre á pasear por el camino del Pardo; acompañada por este parage solitario de su camarera Elvira. Es menester que luego que se haya separado de sus damas, criados y se halle á gran distancia de ellos, un caballero, convenientemente armado, arrebate á la marquesa de la compañia de Elvira. Si se necesitan hombres que ayuden á la egecucion del plan se tomarán los que hagan falta, pues á todo está dispuesto D. Enrique de Villena!

Macias, como hombre entendido, se llenó de indignacion; y aunque esta no pasó desapercibida para el presente Maestre, continuó descaradamente su relato, en estos términos:—Se han de observar las precauciones necesarias, que todo el mundo ignore la suerte de la muger robada. Mientras tanto, estarán guardados por mis agentes los pasos de los que puedan venir de Calatrava con la noticia del suceso que deseo ocultar; sabré ganar tiempo para que de ninguna manera coincida un acontecimiento con otro.

Iba á interrumpir Macías al atrevido marqués, pero este le dijo oportunamente:—Permitidme concluir. Si la plaza de Comendador de la Orden de Calatrava, no es suficiente remuneracion para el esforzado caballero que ha de acometer esta difícil empresa, él será el verdadero Maestre; pues nadie tendrá en la corte mas valimiento ni mas poderío, nadie brillará tanto como pueden lucir el valiente doncel de D. Enrique III.

Colérico en demasía, no pudiendo contenerse en los límites de la razon, esclamó el doncel de Enrique III:—Marqués de Villena! Jamas creí pensaseis tan mal de un pecho hidalgo! ¿Merezco; vive Dios! tamaña injuria? Sí! la merecerá Macías! porque su espada permanece aun en la vaina por miserables respetos contenida, y tarda en castigar al osado mentido caballero que se atreve á hacerle tan infames proposiciones.

Conforme hablaba Macías se iba levantando el marqués de su sillon, pues se hallaba irritado en estremo con su razonada respuesta. El furor del infierno devoraba su alma, viendo fallidos todos sus diabolicos planes, y que su gran secreto se lo habia confiado á tan pundonoroso mancebo.

Escandalosas fueron las fraces que siguieron al anterior diálogo; y últimamente trató el astuto marqués de concluir en paz, por si podia conseguir que el Doncel no diera publicidad á su proyecto; pero lo único que Macías respondió fue lo siguiente:—Me exigisteis que no publicara mi marcha á Calatrava ni la muerte del Maestre; y asi lo he cumplido y cumpliré como caballero. Respecto á lo demas, tambien me callaré;mas tener presente una cosa: como caballero cumple á mi honor socorrer al desvalido; la marquesa se encuentra en el número de estos; y por lo tanto debo defenderla. Sí! la defenderé, si puedo hacerlo sin advertirla el secreto que guardais, así lo haré, pero sino puedo sin este requisito, todo cuanto me habeis propuesto no será ignorado de ella. A esto que os digo, no faltaré nunca.

No pudo contenerse mas el de Villena, pues nunca habia sufrido mayor ultraje. Empuñó su espada, y ya empezaban á cruzarse los aceros, cuando se presentó el juglar. Con semblante risueño y como portador de una buena noticia, dijo Ferrus:—Señor! señor! ya os traigo aquel encargo que me hicisteis!

Pocos momentos despues, se retiraban el marqués y Ferrus, mientras Macías cerraba por dentro su habitacion. El de Villena dijo al marcharse al doncel de D. Enrique:—Cuidado con lo que haceis, mirad que *puedo mucho*, y que mis flechas alcanzan á todas partes!

Muy irritado se alejó el marqués á la cámara de su palacio con su bufon. Allí trataron los dos, no de llevar á cabo su proyecto tal cual primeramente lo habian concebido, sino de realizarlo con las modificaciones que requeria la nueva posicion en que los habia colocado la inesperada repulsa de Macías. Allí estudiaban la venganza que debian tomar del doncel antes que pudiera perjudicar á sus torcidas intenciones.

Despues de haberle relatado Ferrus todo lo que habia pensado acerca del sangriento plan del marqués, el cual reconoció los sendos disparates que salian de tan destornillada cabeza, se fue á ver el reló para averiguar la hora. Le fue imposible saber á punto fijo la hora en su reló de arena que estaba sobre una mesa; pues con las escenas ocurridas en aquella noche se habia descuidado en arreglarlo; no obstante, pasó á la cámara inmediata y reconoció el mucho tiempo qué habia durado su conversacion con el doncel, decidiendose en vista de lo avanzado de la hora, á entregarse al descanso que tanta falta le hacia y de que tanto tiempo hacia que disfrutaban los pacificos vecinos de Madrid. Eran mas de las cuatro de la mañana, cuando se encerró D. Enrique de Villena en la cámara de su uso; dispuesto á reconciliar el sueño; si es posible que duerma el hombre que acaricia en su imaginacion pensamientos criminales.

Nos es forzoso volver á encontrar á Macias, que petrificado de angustia y hecho un mar de confusiones, meditaba en la habitacion del regio alcazar, donde hace poco lo dejamos, buscando un medio por el que, sin faltar á su palabra, se apercibiesen la marquesa y Elvira, del inminente peligro que las amenazaba.

Mil y mil planes fraguó la imaginacion caballeresca del Doncel de D. Enrique, todos los cuales eran desechados por él creyendolos de imposible realizacion. Ultimamente, fatigado yá, se le ocurrió uno por el cual se decidió. Este medio de esperanza y de salvacion, era: disfrazarse completamente de galanteador de oficio, y dar una serenata en las inmediaciones del palacio de Villena.

Muy avanzada estaba la noche y silenciosa; nadie se veia á las cuatro y media que paseara por las calles de Madrid. Sin embargo; no todos los vecinos de la corte disfrutaban del sueño y reposo. El Marqués de Villena y Ferrus conversaban animadamente en el laboratorio hermético, apesar de hallarse acostados.

Habiendose puesto Macias un basto sayo de montero, su gorro de lo mismo, un tosco tabardo de paño buriel, ciñó la espada y tomando debajo del brazo un objeto que como trovador llevaba siempre consigo, salió muy despacito de su estancia; pues no quiso despertar

á su criado Hernando, que roncaba como un beodo, para no ser conocido en la secreta espedicion que premeditaba, caso de que el dia avanzara antes de terminar su proyectado plan.

Salió como hemos dicho, cautelosamente sin ser sentido de nadie. De esta suerte llegó hasta la puerta principal del alcazar, huyendo siempre de ser reconocido por los pocos centinelas que entonces habia; pero llegado allí estuvo tentado de volverse á su aposento y desistir de su empresa. Mas ya en aquel sitio era imposible retroceder, pues oyó que un ballestero le daba el *quien vive*. Macias, sin vacilar contestó al que guardaba la puerta:—Un caballero que desea salir.—Atrás quien sea, volvió á decir con un voz *cascarreña* el ballestero; buena hora de salir está, voto á Santiago! buena hora de ir á tomar el fresco que corre de Guadarrama! cuando estoy yo deseando que venga el relevo para echarme á dormir! Esperadá que sea mas claro el dia y podeis salir á pasear!

Oyendo Macias la firme resolucion del centinela, no tuvo otro recurso que llamar al gefe de guardia y manifestarle que era un caballero que salia á egecutar ciertas ordenes de D. Enrique, á lo cual no tuvo nada que decir encontra el capitan de los ballesteros. De esta manera consiguió salir nuestro caballeroso doncel, dispuesto á prestar auxilio á las dos desvalidas señoras.

Mientras duraba la conversacion del marqués de Villena con Ferrus; y en tanto que Macias daba sus primeros pasos en la calle, con las intenciones que sabemos, dormia inquietamente luchando con los fantasmas que su imaginacion le presentaba, la encantadora marquesa de Villena, víctima señalada por su inhumano esposo. Cerca de su lecho estaba su camarera Elvira, la cual tenia figura angelical, digna de que le dediquemos unos pocos renglones.

Se hallaba esta joven con solo un vestido blanco; cubriale este desde la garganta á los pies; que desnudos parecian dos copos de apretada nieve; su cabello, tendido cuan largo era, cubria sus torneados hombros, su candido seno, su espalda y talle y por algunos sitios su cuerpo entero; una mano pendia del lecho, y la opaca claridad de la luna que penetraba por los cristales de las ventanas, la hacia parecer á esta dama como un verdadero ser fantastico, como una muger ideal soñada por un poéta. La respiracion interrumpida de su pecho demostraba la inquietud de aquel angel de amor y hermosura, y lo trabajoso del sueño de que al parecer disfrutaba.

No muy distante de la camarera dormia un pagecito, primo suyo, niño de poca edad, el cual estaba bajo las órdenes del marqués de Villena; pero este muchacho en cuanto notó las operaciones mágicas de D. Enrique, se volvió al departamento de la marquesa y se

acostó al lado de su prima.

Fuese casualidad, fuese porque él era quien mas habia dormido, lo cierto de ello es, que el page mencionado fué el primero que á un estraño rumor que en aquella inmediaciones se oyó, hubo de interrumpir el sueño de Elvira.

En efecto; un laud suave y diestramente pulsado, adquiria encantadora dulzura con el silencio de la madrugada. Oyolo primero el pagecito entre sueños, pero la realidad tomó en su fantasía la apariencia de una cosa ficticia y se creyó trasportado á una mansion de hechiceras, que era lo que mas temia en el mundo. Estuvo templando algun rato el músico, para llamar la atencion de las personas que queria le escuchasen, pero sin ser oido de nadie; y cuando el niño echó de ver la tan singular aventura, y cuando D. Enrique de Villena notó la música que le habia obligado á no cerrar del todo las ventanas de su aposento; habia ya cantado el misterioso trovador, las dos sentidas endechas, que copiamos á continuacion, cuyos ecos se perdieron en los aires, antes de que fuesen de provecho para nadie, á que sin duda aspiraban.

El trovador cantó como sigue:

En el almenado alcazar
duerme Zaida sin cuidado.
Guarda, mora, que tus grillos
te forja un marqués tirano.
Alza y parte, desdichada,
huye al punto, antes que brille
el acero de su daga!

—

Vela tu, si Zaida duerme,
¡ó dulce señora mia!
¡Guarda, que un marqués la acecha
y un caballero te avisa!
Alza y parte, desdichada,
huye al punto, antes que brille
el acero de su daga!

Al repetir estos tres versos del estribillo, fué cuando el page, elevando la voz llamó á la hermosa Elvira.—¡Cielos! esclamó esta sentándose sobre el lecho; no he podido entender la letra. ¡Oh! daria la vida por comprender algo de esta aventura! Aquí hay misterio y no he comprendido lo que quizá me interesará. Escuchemos, pues segun advierto continua el cantor. Escuchemos!

Asi era; volvia de nuevo á empezar el músico, despechado de no haber quizá conseguido su objeto. Despues de preludiar, repitió la segunda estrofa, que hizo un efecto en el page y su prima bien diferente del producido en el marqués y su juglar, pues estos escuchaban aun con mas atencion que los primeros.—Ferrus! dijo el de Villena, desde aqui no podemos conocer al cantor que tan regaladamente nos trata á deshoras; el ángulo saliente del alcazar nos impide reconocerle; á mas de eso, su voz llega aqui tan desfigurada que no puedo entenderle... importa á mis fines confirmar ó desvanecer mis sospechas... ¡voto á Santiago, que si fuese quien me figuro...! Escucha, baja, averigua quien es y dimelo. Marcha!—Yo? esclamó Ferrus, temblando como un azogado.—Tú, repuso el marqués, baja al momento.

No tuvo escapatoria el bufon. Bajó efectivamente; pero no sin llevar conmigo algunos ballesteros del destacamento de la puerta, para que le guardasen las espaldas contra el músico, que podia no gustar de que saliesen á interrumpirle.

La encantadora Elvira, haciendose cargo aquella vez de la letra que antes no habia entendido, esclamó:—¡Cielos! esa voz...! sí... es la suya! la conozco bien!... ¿Sueño todavia? ¿Es cierto que ha venido de Calatrava...? ¿y que querrá decir con esas palabras...? *Un marqués...! y un caballero te avisa...!* ¡Ah! entiendo al cabo...!

El enmascarado músico que oyó aquel rumor en el aposento que habitaba Elvira, fijó los ojos en la ventana, abierta ya de par en par, distinguiendo un leve contorno blanco que se destacaba perfectamente en la oscuridad. Olvidó el trovador que se comprometia con su misma imprudencia; y volvió á preludiar de su instrumento las ya cantadas coplas, y por conclusion la siguiente y harta espresiva:

Asi pudiera librase
el amante caballero
que tienes señora mia
entre tus cadenas preso!

Al llegar aqui el imprudente cantor, no pudo contenerse Elvira, y dijo:—*Basta ya! caballero! retiraos!.*

Despues de esto se oyó un ¡ay! doloroso y cerrarse la ventana desde donde observara la camarera.

Dejaremos pendiente nuestra tarea, hasta que continuemos en el número siguiente, pues son muchos los sucesos que tenemos que ofrecer al lector y merecen el mayor detenimiento.

III.

Combate al amanecer. Desmayo de la infortunada Elvira. Celos de Vadillo. Escenas desastrosas. Pesquisas dentro del palacio de Villena. Hombres armados entran en la cámara del marqués. El pagecito es emisario de ciertas nuevas. Situacion de Doña Maria de Albornoz y su camarera Elvira. Amargura. Fingidos amores. Seis enmascarados se apoderan de la marquesa. Mordaza de Elvira. Enrique III y sus cortesanos. La dama encubierta. Muerte de Macías. Acusacion contra el de Villena. La prision del castillo de Arjonilla. Desgraciado fin de la camarera Elvira. Justo castigo del traidor Villena.

Hemos visto que se cerró precipitadamente la ventana en que miraba Elvira, cuando á la vez se dejó escuchar aquel ¡ay! sentido que heló la sangre de la camarista. Pero no tardó mucho en volverse á abrir la atalaya del mas singular amor. Cesó de pronto el laud; y el músico, cuyo bulto habia visto Elvira hasta entonces, habia tambien mudado de sitio ó se marcharia, obedeciendo al mandato de la señora de sus pensamientos.

Esto fue lo que se figuraba Elvira. Pero un ruido sordo, como de palabras ofensivas, mezclado con un confuso ruido de espadas se oyó en aquel instante, lo que duró poco tiempo.

Elvira, que deseaba cerciorarse de todo, sacó como pudo la cabeza por entre los hierros de la reja; un prolongado gemido se siguió al silencio, y retumbó el ruido hueco y resonante de un cuerpo armado que cae en tierra. Quedó aterrada la infeliz camarera á la vista de un espectaculo que queria y no podia descifrar. La oscuridad todavia no era vencida, y la tibia luz del alba no permitia aun que se divisasen los objetos sino muy confusamente.

Todo fue obra de pocos minutos. Despues de lo que hemos referido, se oyó tambien el ruido de un hombre que montó á caballo y partió aceleradamente. La infeliz Elvira, no pudo por menos que esclamar:—¡Infeliz!

Un nuevo rumor obligó á la camarera á prestar oido.—¿Donde está? dijó una voz de un hombre.—¡Que se yó! voto á mi espada! ¿no le visteis por aqui? respondió otra.—Sí, pero debió caer! no debe estar muy bien parado...—Volvamos al palacio, repuso la voz primera, volvamos, y el diablo cargue con él...

Efectivamente se iban á entrar en el alcazar de Villena, aquellos

dos hombres que al parecer desesperaban tanto de no encontrar lo que buscaban. Pero uno de estos, resbalaba como si hubiese escarcha á lo cual le dijo el compañero:—¿que es eso, os caeis? hay mucho lodo!—Con el lodo, eh? no es lodo amigo mio, contestó el preguntado, aun cuando no es bien de dia, volveos un poco y mirad..! —¡Oh! esclamó el otro, en ese caso no hay duda que el diablo se lo ha llevado, pero esa sangre... faltando el cuerpo que la ha derramado... esa sangre es suya! cosa mas singular! irse un muerto, dejando aqui la vida...!

Se entraron en el palacio los que hablaron asi; pero el anterior diálogo fue en todas sus partes destrozador para el alma de la infortunada Elvira, que sin perder ni una silaba habia estado escuchando en su vantana, sacando por consecuencia que al cantor le debió ocurrir un pesado lance; y como quiera que ella conoció á Macias y sabia que el suelo estaba tinto de sangre, razon tuvo para augurar mal de su generoso amante, razon tenia para sospechar que su vida corria peligro!

Sobrecogida de espanto fué á desviarse de la reja, pero la infeliz cayó desmayada en el suelo, y nada mas pudo observar. Solo dió un suspiro al dar con su cuerpo en tierra, cuyo ¡ay! llegó á los oidos de los dos hombres que ya iban entrando en el palacio.

Fué el suspiro de Elvira tan penetrante é inesplicable, que no solo en aquel siglo de ignorancia sino en este, mas de un hombre hubiera temblado al escucharle á tales horas, en aquel sitio, sin ver de donde salia, y sobre el pedazo de terreno que acababa de ser teatro de una muerte, segun todas las apariencias.—¿Has oido? dijo uno al otro. Cuerpo de Cristo! aqui ha quedado su alma! Aqui ha plantado sus reales para pedir venganza á todo el que pase! Huyamos!

Se entraron precipitadamente, seguidos del mas pánico terror. De allí á un momento nada se oia ni dentro ni fuera ni en las inmediaciones del tan funesto alcazar.

La luz del alba hacia que se distinguiesen ya claramente los objetos, cuando el marqués de Villena, cansado de esperar á su bufon, se retiró é reposar en su apesento. Pero como ya hemos dicho, no podia consentir la Providencia que este hombre tan criminal descansara tranquilamente, como el hombre de bien.

Ni el timido Ferrus habia vuelto á dár cuenta de su encargo, ni el marqués de Villena volvió por entonces á oir mas que el confuso rumor de las armas de los desconocidos combatientes, el cual se perdió por completo, quedandose sin saber la verdad de lo que tanto le inquietaba. Cuanto pasaba en el castillo de D. Enrique y en sus

alrededores no dejaba de ser misterioso en demasía.

Enmedio de la encontrada lucha de sus pensamientos, sorprendió el sueño al de Villena, y vestido como estaba se habia reclinado en su lecho, determinado á clarar en aquel dia los inumerables acontecimientos de la madrugada. Ya era de dia y muy claro. La cámara del sombrío marqués, inmediata á su gabinete ó laboratorio mágico y cuya entrada no era á todos permitida, presentaba un aspecto imponente, tanto por el lujo y afectado esplendor con que estaba adornada, cuanto por las diversas personas que se hallaban reunidas en ella, esperando á que se dignase recibir su acostumbrado homenage el ilustre marqués. Gentiles-hombres, caballeros y escuderos de su casa, oficiales de su servicio, donceles y pages, conversaban en diversos grupos, pendientes del menor ruido que pudiera anunciarles la presencia de su Señor.

En la reunion de aquellos cortesanos notabase el espíritu de la época. La adulacion y el mas repugnante servilismo era la idea de aquellos remotos tiempos; sin mirar si era digno de que se le rindiera aquel vasallage, el hombre que tanto sonreian.

Solo faltaban en la reunion de los palaciegos, dos personas, acerca de las cuales no se oian mas que preguntas misteriosas sobre su estraña ausencia. En efecto; ¿que era del primer escudero Fernan Perez de Vadillo, esposo de Elvira? ¿Que era de Ferrus el juglar y favorito?—Por el Señor Santiago! dijo uno, que esto es difícil de comprender. Cuando volviamos de la batalla, él se adelantó con un solo montero y se separó de nosotros. Desde entonces no le volvimos á ver.—Si! repuso otro, apostara la mejor pieza de mi arnés, á que fué á celar las ventanas de su muy adorable esposa, para averiguar si habia moros en la costa.

Esta conversacion daba á entender claramente que Vadillo era celoso y como tal hombre digno de compasion; pues no hay duda, que es el ser celoso una enfermedad incurable y casi siempre de pésimo resultados. Un tercero tomó la palabra en estos términos:—¡Oh! pues si eso es asi, ya no hay que dudar; bien se esplica su ausencia, habrá tardado en conciliar el sueño al lado de su dama... habrán tenido *sus mas y sus menos*... y no es estraño que...—¡Chiton! chiton! esclamó el primero de los charlatanes; oigo ruido junto á la puerta de la cámara!

Efectivamente; abriose la mampara y apareció Ruy Pero, preguntando por Ferrus, de órden del marqués de Villena. Duró otro rato mas la chimográfia entre aquella gente y no tardó mucho en venir á interrumpirlos la presencia de Vadillo. Ya se disponia el marqués á recibir á sus vasallos, pero cuando divisó al esposo de Elvira, se

adelantó á ellos y les dijo;—Señores! asuntos de grande importancia me obligan á no detenerme entre vuestras mercedes. Podreis esperarme en la antecamara de D. Enrique III, á cuyo palacio iré al momento. Tú, puedes quedarte, Fernan Perez.

Incinando la cabeza los circunstantes y haciendo estremosas cortesias, evacuaron la cámara del de Villena; pero hablando entre sí y dando muestras de no ir tan complacidos como fingían, en vista del frio recibimiento de su Señor. ¡Pobre gente! nacida solo para adular y hacer que rien cuando mas enojados se hallan!

Asi que estuvo solo, el presunto Maestre, con su primer escudero, le dirigió la palaba en este sentido:—Y bien! estimado Fernan, habeis encontrado buena á vuestra esposa Elvira?

No dejó de sorprender en gran manera esta pregunta al celoso caballero: porque no habia quien le hiciese dudar de que la serenata que dió lugar á lo que dejamos dicho, era destinada, si nó á su esposa, al menos á Doña Maria de Albornoz. Como quiera que el marqués sabía que tendrian buen éxitó sus planes inspirando celos á Vadillo, de estas viles armas se valió, poniendo en juego toda su astucia. Asi lo hizo, y desde aquel momento lo encontró dispuesto á su escudero para servirle en la negra empresa que habia confiado á Macias y este no quiso aceptar. El Doncel de D. Enrique el Doliente no tomó á su cargo tamaña alevosía por ser Comendador; y Vadillo vió colmada su ambicion con que lo hicieran Caballero.

Pero dejemos por ahora este asunto y retrosedamos un poco para decir al lector lo que ocurrió con el disfrazado músico en la noche terrible en fatales aventuras.

Efectivamente; Fernan Perez de Vadillo, aun cuando nunca dudó de la virtud de su esposa, habia algunos dias que encontraba en ella cierta mudanza que no le agradaba, por mas que trataba de disimularla. Con este recelo, fué Vadillo el que se adelantó, acompañado de un montero, á ver si por un raro incidente eran vagas sus presunciones. No lo fueron; pues á decir verdad eran algo mas que verdaderas; pues se encontró con la serenata bajo los balcones del aposento de Elvira.

Viendo Vadillo que sus sospechas eran la mas palpable verdad, disparó colérico su venablo al trovador, teniendo tan buen acierto que lo hirió considerablemente, pues quedó en el suelo la charca de sangre que hemos referido. Montó al moribundo caballero á la grupa de su corcel y partió precipitadamente de aquel lugar. De esta pronta desaparicion del herido resultó que los ballesteros de la guardia de Villena se quedaran asombrados al buscarle.

Luego que entró Hernan Perez en el alcazar del marqués, confió

el moribundo á uno de los monteros que allí habia, encargandole que lo ocultara y le prodigase cuantos medios posibles tuviese á mano para no dejarlo desangrarse; advirtiendole tambien de paso, que no lo dejara en completa libertad que pudiese marchase. En una palabra; Vadillo ignoraba que Macias el Doncel, fuese un adversario suyo, amante decidido de Elvira, porque á estar cierto de esto y no tener presente que tambien podia haber sido la serenata en obsequio de Doña María de Albornoz, de seguro acaba de asesinar al pundonoroso mancebo. Esta misma incertidumbre dió lugar á que quedase en clase de arrestado el herido, hasta saber lo que determinaba el de Villena.

Degemos á Macias en poder del montero; y veamos lo que pasó luego que Vadillo fué á dar cuenta á su Señor de la triste ocurrencia.

Cuando noticio Hernan Perez al marqués, de todo, lo embargaba la alegria, pues por medio de este suceso se veia el inhumano Villena libre de un hombre que podia hacerle mucho daño. Con este motivo fueron grandes las demostraciones de agradecimiento que recibió el primer escudero; y mucho fué lo que le prometió por una accion tan villana. Pero es de advertir que Vadillo no le dijo á Villena que Macias estaba vivo aun y en su mismo alcazar; porque pensaba sacar de este acontecimiento todo el partido posible, teniendo siempre en rehenes al hombre que tanto odiaba su Señor.

Mientras hablaban estos dos individuos, á cual peor, ó mejor dicho, mientra le referia está escena, no osaba el marqués de preguntar de vez en cuando por Ferrus; á lo cual le contestaba Hernan que no habia vuelto á ver al bufon.

Entabloce despues entre estos dos citados personages, un interesante dialogo:—Me causa admiracion, dijo Vadillo, que le tengais á ese músico tanto aborrecimiento. ¿Le conoceis vos señor marqués?—Sí, contestó este, le conozco mucho, y tú tambien debes conocerle. Pero esto no es del caso. Necesito á Ferrus. A eso de las cuatro de la mañana lo envié á reconocer al trovador, y de entonces acá há desaparecido; no le he vuelto á hechar la vista encima.—No desespereis, señor, repuso el escudero, todavia no tarda, tal vez está haciendo pezquisas para referiros lo que há puesto en vuestra noticia este humilde servidor.—El villano cobarde, dijo el marqués, tendria miedo sin duda del enemigo; y estará dando tiempo á que se desarme mi enojo, para venir luego con alguna bufonada; pero yó le aseguro que me las ha de pagar todas juntas; sus orejas servirán de pasto á mis lebreles si ha cometido alguna villania.—Ya os he dicho, señor marques que descanseis en lo que os he

contado, pues todo es la pura verdad.—No! yo no me irrito en valde! esclamó el de Villena: lo he jurado y lo cumpliré. Ruy Pero está en el encargo de traer á Ferrus, muerto ó vivo, como le encuentre! Ahora, Vadillo, es preciso ganar tiempo, puesto que cayó en tu poder el que podia únicamente desbaratar mis planes.—Disponed de mi como gusteis, hablad y sereis obedecido. Respondió el servil escudero.—¿Tienes valor y decision...?—Ya os he dicho que estoy á vuestras órdenes.—¡Bien! pues al oscurecer es preciso que marche ese hombre, con la escolta conveniente para el castillo de Arjonilla. Allí quedará en oculta prision; pero es necesario que todo el mundo ignore su nombre y su paradero. ¿Lo has entendido? Que nadie sepa...—Estoy al cabo de lo que decis, señor marqués, sereis servido con la eficacia que mereceis. Todo lo dispondré, y á la hora convenida el hombre que os estorba saldrá para ese perpetuo encierro.

Dicho esto, salieron D. Enrique de Villena y su escudero favorito; y atravesando apresuradamente las galerías del alcazar, se dirigieron á las caballerizas; dieron allí algunas órdenes, al parecer de la mayor importancia y separáronse en seguida. Vadillo habló misteriosamente con algunos ballesteros de la casa de su Señoría; y á juzgar por el movimiento y el sigilo con que se hacian ciertos preparativos, algo se proyectaba del mayor interés.

Reuniéronse de nuevo el marqués y Vadillo; y en otra secreta conferencia, aquel pareció dar á este último instrucciones de grave peso, despues de las cuales se dirigieron entrambos, seguidos de los escuderos, que para su plan habián escogido, ácia la cámara principal de palacio. Eran las cuatro de la tarde.

Despues de egecutadas todas estas operaciones se apresuró Vadillo á ir á visitar á su adorable esposa; con el objeto de ver si podia disipar en algun tanto las sospechas que habia concebido acerca de su conducta y la aparicion del músico. La hermosa Elvira estaba en el caso de disimular todo lo posible la alteracion que sufriera en la madrugada de aquel dia.

Por otra parte, alimentaba á Vadillo la esperanza de tener en sus manos la presa que habia confiado al montero, y cuya presa resolvería el problema que hervia en su imaginacion.

Elvira, no hacia mas que pensar en el Doncel, deseando saber cual habia sido el resultado de su nocturna aventura. No pudiendo sufrir por mas tiempo el no tener nuevas de Macías, mandó á Jaime, el pagecito, para que indagara lo que hubiese acontecido sobre este particular. Salió su primo á dar cumplimiento del encargo, mientras ella se quedaba enterando á la de Albornoz del paso que daba.

Mucho agradó á Doña María la determinacion de su camarera, pues en ello le iba la vida, segun dicho habia en sus cantares el misterioso trovador. Impacientes esperaban las dos damas la vuelta del jóven emisario. Cada paso, cada ruido por leve que fuese, las ha-

cia creer que llegaba el deseado Jaime; pero al ver que este no venia se cambiaba el júbilo en despecho.

Finalmente; estando ambas señoras luchando con su inquietud, la puerta se movió; y antes de que se abriese lo bastante para dar paso al que iba á entrar, ellas unanimemente inspiradas por un rapto de gozo; gritaron:—¡Jaime! entra ¡Jaime! Abriose por fin la puerta y entró D. Enrique de Villena.

No nos es posible detallar acertadamente la sorpresa de Doña Maria y de su camarera al encontrarse frente à frente con el marqués, en vez de hallar á Jaime. Era imponente aquel encuentro, aquel terrible *quid pro quó*. Repuestas en algun tanto de su asombro, observaban las escudriñadoras miradas del funesto recienllegado, quien al parecer se hallaba con vehementes deseos, de hablar. Hizolo asi en efecto; dirigiendose á la de Albornoz, en tono sumiso afectando reconciliarse con ella. Mas esta señora, apesar de lo mucho que estimaba al marqués, no admitió sus apreciables proposiciones; en una palabra; no le dió credito á cuanto le decia.

Elvira, miraba de hito en hito al de Villena, no presagiando nada bueno de aquella entrevista; pero el aspecto del marqués, no denotaba ninguna señal que confirmara sus presunciones. Sin embargo, aguardaba el final de aquella escena, con la cual crecia su asombro, mientras mas halagos prodigaba el marqués á su adorable esposa. ¡Ya se vé! era aquella mudanza tan repentina...! Pronto le vió el fin por desgracia.

Ya hacia media hora que estaba el de Villena hecho un inseparable amigo de la marquesa, cuando se abrió repentinamente una puerta secreta, apareciendo en ella seis fantasmas, vestidos de negro. Se dejaba conocer que los disfrazados eran caballeros, porque debajo de los sayos que llevaban, distinguiase que iban armados de pies á cabeza. El malvado Villena desenvainó su espada y empezó á combatir con el que al parecer capitaneaba á los enmascarados. Entre tanto la de Albornoz se interponia entre los combatientes, mientras que los otros vendaban los ojos á Elvira y la ataban á una columna con un pañuelo en la boca.

Una vez quitado de enmedio el estorbo de la camarera y mientras seguian su fingido combate los dos campeones, aprovecharon los cinco fantasmas la ocasion para agarrar á Doña María, vendarla tambien los ojos, taparla con un gran manto y salir con ella, por la misma puerta secreta. El marqués daba voces, para que acudiesen sus criados pero ninguno pareció; porque el proyecto no hay duda que fué bien combinado.

Marcharon los fantasmas, llevandose á Doña María y cerrando la mencionada puerta el que se batia con el marqués, quedó este solo delante de una pared tersa sin señal ninguna de haberse practicado en ella ninguna abertura. D. Enrique de Villena salió á las anteca-

maras, publicando el robo de su esposa, no parando mientes en que Elvira quedaba atada y amordazada.

No tardó mucho en esparcirse la nueva del atentado por el alcazar. Caballeros y escuderos acudieron, pero llegaron demasiado tarde. Solo pudieron desatar á Elvira, la que no pudo referir mas que lo que habia presenciado. Bien podia la camarera decir algo mas de lo visto; pero no tenía testigos; y se resignó en los brazos de la suerte, esperando por momentos mayores atrocidades. A la hermosa joven solo le quedaba una esperanza, el saber el paradero de Macias.

Tiempo es ya que nos ocupemos del Doncel de D. Enrique el Doliente; pues al oscurecer de este tremendo dia iba á ser conducido por Hernan Perez de Vadillo á las prisiones del castillo de Arjonilla. Quedemos asi, como hemos dejado las cosas, que ya anudaremos los sucesos.

A la hora convenida, Macias, demudado el semblante y metido en una litera, salió escoltado por Vadillo y los soldados del marqués en direccion al castillo que sabemos. Iba perfectamente vendado; pero aunque de mucha gravedad, llevaba las manos asidas, para estorbarle que él mismo pudiera darse la muerte que tanto deseaba. Por sitios apartados le llevaban, con el fin de que ninguno pudiese observar esta funesta caravana.

Cuando llegó Vadillo á las prisiones de Arjonilla, entregó el desdichado preso al Alcaide, dandole las disposiciones que por escrito llevaba del marqués y se volvió á la corte con los ballesteros que le habian acompañado; porque su presencia en Madrid era precisa en aquellos dias. El desventurado Macias quedó en la mas lóbrega prision del Castillo, á solas con los dolores de su honda herida y con los del recuerdo de su adorada. La suerte de Doña María de Albornoz y de Elvira le interesaba mas que su existencia. ¿Como saber de ellas? ¡oh! triste era la idea que atormentaba al tan desventurado Doncel.

Veamos lo que pasó en Madrid el mismo dia que salió Vadillo con su prisionero.

Ya despues de bien entrada la noche se hallaba el Rey D. Enrique, en audiencia, teniendo á su lado varios magnates del Reino, colocados segun el rango de su clase. Hasta el instante de entrar el Soberano se habló con mucho interès, entre los palaciegos, del robo singular de Doña María de Albornoz; y ninguno estrañaba la ausencia del marqués de Villena y demas caballeros de su séquito. Entró D. Enrique III, y observando que no estaba presente el marqués, preguntó la causa de ello. Los personages que habia en la cámara, refirieron á S. M. el acontecimiento, por el cual se indignó tan fuertemente, que salió por un momento de su estado apático é indiferente. Concedió á Diego Lopez de Zúñiga, como Justicia Mayor del Reino, tres meses de término para que le presentase vivos ó muertos á los perpetradores del escandaloso atentado.

Despues pasó D. Enrique á otros asuntos, despachando los cuales se sintió ruido como de muchas personas armadas que se acercaban al salon de Audiencia. Un guarda del monarca, llegando hasta los pies casi del trono, entró diciendo:—Poderoso Rey, tu pariente y leal vasallo D. Enrique de Villena os pide justicia y reparacion. Decid que llegue. Contestó el Doliente.

Un momento despues se encontraba el de Villena á los pies del sólio, precedido de varios caballeros de su servidumbre.—Hablad D. Enrique, dijo el rey.

Entonces refirió todo lo acaecido sobre el rapto de su esposa, añadiendo lo vano que habian sido sus esfuerzos para encontrar los criminales. Mandó que se acercara un faraute que traia una bandeja con el rico manto y el velo de Doña Maria, todos ensangrentados; presentando estos despojos sangrientos, como la única cosa que habia podido encontrar al perder para siempre á la marquesa. A vista de tal espectáculo un movimiento de horror circuló por todos los cortesanos. Afectado á su vez Enrique III ya se iba á retirar, pero un sordo rumor mezclado con el llanto de una muger se dejó oir por la estensa galeria de Palacio. Era una dama encubierta que pedia la dejasen llegar á los pies del Soberano.

Se detuvo en Audiencia Enrique III y ordenó que dejasen pasar á la cuitada. Asi lo hizo; diciendo:—Señor! señor! entre los grandes que estan aqui reunidos se encuentra el verdadero asesino de Doña Maria de Albornoz!!

Figurese el que lea cual se quedaria el infame marqués de Villena, al conocer que la encubierta era Elvira. El monarca le manifestó á la acusadora que tuviese encuenta lo que iba á decir; pues el delito mayor era el de la impostura. Despues mandó que señalara al criminal. La enlutada, dijo sin titubear que el matador alevoso era el marqués de Villena; y dijo tambien que Hernan Perez de Vadillo tambien se hallaba complicado en el asunto. D. Enrique III no queria creer lo que estaba oyendo, pero la dama se esforzó diciendo á mas que la causa del asesinato era que el marqués pretendia ser Maestre de Calatrava.—¿Teneis algo que alegar, Villena? dijo el Rey. —Si, gran Señor! respondió el marqués. Tenga V. M. en cuenta que son muchos mis enemigos y no perdonan medio alguno de hacerme daño. Pero yo les aseguro que esta vez no lograrán sus deseos...!

Sintiendose D. Enrique, cada vez mas afectado con la anterior escena, se retiró del salon, dando orden pera que prendiesen á la dama enlutada, hasta que se aclarase la verdad del caso.

Antes de terminar este capítulo, réstanos hacer unas cuantas observaciones al lector.

Jaime, el pagecito, fue quien despues de manifestar á Elvira el fin trágico de Doña Maria y la salida del Doncel para Arjonilla, la acompañó al palacio real: dando en esto una prueba de valor y de resolucion. El joven page, aunque llegó mas tarde de lo que debiera á la habitacion de su prima, al menos, se presentò bien in-

formado de todo, merced á lo mucho que indagó entre los ballesteros y demás hombres de armas del marqués de Villena. Esta misma noche; y en el instante mismo de ser conducida á su arresto en palacio, fué cuando Elvira juró amar eternamente al Doncel, apesar de los vínculos estrechísimos que la unian con otro hombre. Pero ¡ay! juramento vano! pues pronto se tocó la triste realidad de los acontecimientos que entonces empezaban...!

CONCLUSION.

Desenlace. Villena y Vadillo. Asesinatos. Enrique III y el Marqués. La redoma encantada. Vuelve Vadillo á Arjonilla para vengarse cobardemente de Macias. La enlutada en el patíbulo. Rompese la redoma. Justo castigo para el culpable; pues despues de conseguir sus fines siendo Maestre, murió achicharrado entre sus crisoles, en su mismo laboratorio.

Muy irritado se hallaba el marqués con lo acaecido en el salon de Audiencia, delante de lo mas escogido del Reino; pero como hombre de valor, esperaba salir triunfante del aprieto en que lo habia colocado Elvira. Hallandose á los pocos dias unido con su primer escudero, que se encontraba de vuelta del castillo, conferenciaron largo rato sobre la manera de verse libres del Doncel y de la tenaz acusadora, pues si nó muy mal lo esperaban pasar; porque el dia de las pruebas estaba cercano.

Determinaron pues empezar por la victima mas facil; que era el Doncel. En efecto. La suerte de este ser desgraciado se decidió bien pronto. Le recordó el marqués á su indigno cómplice que de él dependia que fuese Comendador de Calatrava ó nó; le aclaró tambien al celoso Vadillo los amores del Doncel y Elvira, pintandolos con los colores mas vivos; asi es, que montando en cólera Hernán Perez, juró á su Señor que muy pronto quedaría vengado, vertiendo la sangre del atrevido Macias.

Muy contento se puso el de Villena, al oir la resolucion de su primer escudero; porque se iba á vengar al mismo tiempo de la muger que lo habia delatado en presencia del monarca.

Al dia siguiente marchó Vadillo en alas de su venganza al castillo de Arjonilla, donde esperaba saciar la sed de sangre que lo devoraba.

¡Pobre Macias! Con un alma de poéta, tan rica en iluciones y esperanzas, verse tan próximo á morir, indefenso, en su fétido calabozo, cuando no se hallaba aun del todo restablecido de sus heridas...!

Era una tarde de invierno, y ya el sol habia desaparecido tras el lejano horizonte. La noche comenzaba á estender por la inmensidad de los cielos su negro manto.

Este magnifico espectaculo lo contemplaba Macias reclinado tristemente en el alféizar de la ventana de su calabozo, mientras rodaba por su megilla una lágrima de fuego. Despues empezó á pasearse de un estremo á otro de su prision. Pero de pronto se detuvo, reflecsionó un momento, y tomando su laud y acercandose de nuevo á la ventana, entonó con dolorido acento la siguiente cántiga, que era hacia algun tiempo su cansion favorita:

Cuan presto Elvira cándida,
de mi pasion ardiente
la pura flor naciente
el cierno marchitó!
Y huyeron cual relámpagó
que brilla en noche escura,
los sueños de ventura
que el alma acarició!
No lograrán ¡mi bien!
que deje de adorarte...!
pues antes que olvidarte
primero moriré...!»

Apenas hubo terminado este último verso el afligido Macias, penetrò por entre los hierros de la ventana una afilada lanza que rápidamente fué á clavarse en el corazon del trovador. No se escuchó en la prision ni siquiera un triste ¡ay!: solamente resonó el siniestro ruido que hace un cuerpo al desplomarse en el suelo.

Poco despues abriose la puerta del calabozo y entró un misterioso personage que venia envuelto en una larga capa. Se acercó con ligeros pasos al ensangrentado cadaver, le dió con la punta del pié, y contemplandole con salvage alegria, esclamó:—No respira! Mi venganza está consumada..!

Este hombre no era otro que el escudero del marques de Villena, Hernan Perez de Vadillo. Habia muerto á traicion á Macias, porque era demasiado cobarde para luchar con él frente á frente.

El cadaver del malogrado doncel de D. Enrique el Doliente fué sepultado en el panteon de la iglesia de Santa Catalina de Arjonilla.

Algunos dias despues de estos lamentables acontecimientos, se encontraban sentados el marqués de Villena y Vadillo en el laboratorio quimimico del primero, proyectando los medios de efectuar su proposito, en caso de ser descubiertos; pero por mas que se afanaban no encontraban un medio eficaz, todo lo miraba perdido con la delacion de Elvira. Pero dados los pasos en el crimen era necesario ya ser el primero Maestro de Calatrava y Comendador el segundo.—No encuentro otro medio, dijo el marqués, de llevar á cabo lo que hemos pensado, que el de hechizar á D. Enrique el Doliente, y tenerlo de este modo hasta que hayamos logrado nuestros deseos. Para esto llamaré al fisico de S. M. Abenzarzal, y ofreciendole un buen puñado de oro lo tendré á mi disposicion. No lo dudes; el dinero cuando es mucho mucho alcanza. Tu necesitas acabar de lavar la afrenta que aun te sigue con la infiel Elvira, pues si mañána ó pasado dispone el rey que se verifique la comprobacion, no tendremos tiempo de vindicarnos.—¿Y que hacer? respondió Vadillo.—Ahora mismo, vé á palacio; y de cualquier modo dale muerte á Jaime y pide la reclusion en un convento para Elvira. Asi, despreciandola á la faz del mundo puede que se consiga desvirtuar sus palabras. Parte al momento y no des nada al olvido, pues tòdo es interesante. Sobre todo te encargo que no seas indiscreto. Cautela y sagacidad. Salió Vadillo á egecutar las ordenes del marques, mientras este marchaba en busca de Abenzarzal. Lo halló despues de dos horas, y le dijo que era necesario prepararse una audiencia secreta que deseaba tener con D. Enrique III, cuya audiencia queria tener el honor de que se la concediese el soberano en una habitacion oculta.

Un poco repugnante era para el fisico la tal exigencia; porque era mucho lo que se le pedia;pero lo que no pudo la amistad,lo pudo al fin la cuantiosa suma que se le ofrecia. Le fue otorgada á Villena su peticion, tal como lo deseaba. Una hora despues de esta entrevista tenia el mar-

qués de Villena metido en una redoma y dividido en cuartos á D. Enrique el Doliente. Al instante trató de esparcir la voz por toda la corte de que S. M. se hallaba gravemente enfermo. A fuerza de derramar mucho oro se hizo nombrar regente, durante la imposibilidad física del Soberano. Entonces logró su fin, siendo nombrado á pluralidad de votos gran Maestre de Calatrava.

El hacer mencion de las cosas que hizo Villena para encerrar al Doliente en la redoma, seria nunca acabar. Aunque aqui entra la parte de fábula que tanto se refiere de este personage, es preciso que nos dispense el que lea; porque nosotros contamos lo que nos cuentan algunos escritos de aquella época lejana.

Respecto á la operacion citada, solo se dice que el olor del azufre no se desvió del regio alcazar en todo el dia. Aseguran tambien que el hechicero Villena invocaba mucho á los espíritus del Antro, mientras estubo practicando la mencionada operacion.

Un mes despues disponia el Regente del Estado muchas fiestas y torneos, donde pudieran lucir su destreza los caballeros de Castilla. Aprovechaba los momentos que podia,para obrar á su antojo en todo lo que mas tarde podria perjudicarle; pues descorrido el velo de su astucia, Elvira, D. Enrique mismo y algunos magnates; cargarian sobre él y se veria la verdad de su desmedida y criminal ambicion.

Dispuso que en estas fiestas se habia de sacrificar una victima, para despertar el interés en los lidiadores. Elvira fué la dama escogida, para consumar la voluntad del pérfido Regente.Se abrió el palenque; se comenzó la liza y se dijo en alta voz que saliase el caballero que tomase á su cargo la defensa de la dama; pero nadie respondió al llamamiento. El gozo se veia pintado entonces en el rostro de Villena; sus planes estaban cercanos á realizarse. Iba ya á ser sacrificada la encantadora Elvira, que resignada en los brazos de Dios y en la memoria del caballero Doncel, no levantaba su vista del suelo, aguardando el golpe terrible; pero apareció de repente un denodado campeon que la defendiera. Pero Nuño de Tavera fué el bravo que condolido al ver la juventud y hermosura de la apuesta dama, quiso esponer su vida luchando por ella hasta morir ó triunfar de su aguerrido mantenedor.

Entró Pero Nuño en el circo, elegantemente vestido y armado, con la cara cubierta, empezando de este modo el combate. Desde luego fué conocido por el nuevo Comendador y el nuevo Maestre de Calatrava. Con seis ó siete combatió bizarramente; á todos los dejó vencidos. Las fuerzas se le iban agotando al apuesto defensor, y no esperaba tener otro adversario con quien luchar. Elvira que se hallaba encima de un cadalso, vestida de negro y pronta á verter su preciosa sangre, admiraba la bravura de Nuño, indignandose al ver entre los espectadores y al lado del Regente á su infame esposo...!

Finalmente; salió Vadillo á pelear con el defensor de Elvira, con todo el descaro de un hombre sometido á la voluntad de otro hombre como el marqués de Villena. No solo era capaz Vadillo de una accion tan fea y degradante como aquella, sino hasta renegar de su mismo padre; con tal que todo esto fuese del agrado de quien lo habia elevado á ser Comendador de Calatrava. Cobarde en demasia, no tenia otro recurso que vencer en la demanda ó morir sirviendo á su Señor, pues de lo con-

trario quedaba reducido á su estado primitivo de pequeñez. No pódia evadirse del compromiso en que se veia; el marqués de Villena era el Regente, y como tal tenia una voluntad de hierro.

Se empeñó tenazmente el nuevo combate, entre Nuño de Tavera y Vadillo; y eran tantos los golpe que se daban que varias veces estuvieron á pié por haber perdido sus caballos con las punzantes lanzas. Desgraciadamente se resbaló Nuño en un encuentro; y aprovechandose Vadillo de esta coyuntura, en el mismo suelo le descargó un fuerte mandoble, al cual no siguio mas que el profundo gemido que exaló al espirar tan valeroso caballero. Quedó Elvira espuesta, como poco antes, á morir. Exánime y sin sentido cayó la desgraciada cuando vió la fatal catastrofe. ¡Oh! ¿es posible que Vadillo olvidara el tesoro que poseia en su esposa? Sus celos no se confirmaron nunca; pues si Elvira amaba á Macias, lo amaba de un modo lícito. Siempre fue celoso Hernan Perez con su adorable esposa; pero estos celos estaban contestados en la pequeñez del hombre que los sentia. El saber Vadillo que no era acreedor á la felicidad que gozaba con Elvira, era lo muy suficiente para pensar mal de su conducta. Bien sabia el primer escudero de Villena que la camarera de Doña Maria era superior á él en todo. Esta misma conviccion lo traia siempre despechado; y este despecho se trocó en odio mortal.

La infeliz Elvira cayó desmayada, presagiando, el fin funesto que la estaba reservada y del cual llegó á ser victima. Al sentirse herida por la cuchilla del verdugo, no tuvo tiempo mas que para poner su esperanza en Dios y pronunciar el nombre de su adorado Macias!!

Terminaron dichos torneos, al cabo de tres dias, con los cuales creyó Villena tener muy contentos á los cortesanos. Viendose ya libre de la acusadora y nombrado Maestre, sacó á D. Enrique de la redoma; uniendo otra vez las cuatro partes de su cuerpo. Quedó D. Enrique el Doliente como el que sale de un profundo sueño. Un año despues se supo en la corte que Doña Maria de Albornoz existia encerrada en una torre de Jaca, de donde la sacaron y falleció en seguida. Entonces empezó el descrédito del marqués de Villena, pues el rey y los principales cortesanos tacharon su conducta con la nota del crimen. Este hombre inicuo conservó poco tiempo el Maestrazgo, pues falleció su primo el *Doliente*: y reuniendose entonces un Capitulo en Calatrava se decidió la eleccion de D. Luis de Guzman para Maestre de dicha órden: eleccion que despues de un pleito que duró seis años fué confirmada por el Capitulo general del Cister, reunido en Borgoña.

Despues de verse abatido públicamente el orgullo del marques de Villena, separandose forzosamente del puesto de Maestre, recibió el castigo que merecian sus muchas é inauditas iniquidades. Se entregó á la Alquimia y á la Nigromancia con mas ardor que nunca: y habiendose prendido fuego un dia á su laboratorio quimico, y no pudiendo escapar, ardió entre sus copelas y crisoles, dando fin á su existencia de este modo desastroso que tantos años habia merecido.

Vadillo arrastró una vida triste y desesperada, llevando dentro de su alma el veneno mortal de los remordimientos: En estos malvados se cumplió exactamente el refran de: *Quien mal anda, mal acaba.*

FIN.